



## CAPÍTULO XII

### La toma de la Bastilla

**D**ESDE la mañana del día 14, dirigiase el impulso de la insurrección parisiense hacia la Bastilla, sombría fortaleza de torres macizas y de formidable altura, que se levantaba en medio de las casas de un barrio popular, a la entrada del suburbio de San Antonio. Los historiadores se preguntan todavía quién dirigió la atención del pueblo hacia aquel lado, y algunos han supuesto que fué el Comité permanente del Hôtel de Ville quien quiso dar un objetivo a la Revolución, lanzándola contra el emblema de la monarquía. Nada confirma esa suposición, en tanto que muchos hechos la contradicen. Fué más bien el instinto popular el que comprendió desde el día 12 o el 13 que, en el plan de la corte de aniquilar la insurrección parisiense, la Bastilla había de tener una participación importante, y, en su vista, decidió apoderarse de aquella fortaleza.

En efecto, sabido es que al Oeste tenía la corte los treinta mil hombres de Besenval, acampados en el Campo de Marte; al Este tenía por apoyo las torres de la Bastilla, cuyos cañones apuntaban al suburbio revolucionario de San Antonio y su calle principal, lo mismo que sobre esa gran arteria, la calle de San Antonio, que conduce al Hôtel de Ville, al Palacio Real y a las Tullerías. La importancia de la Bastilla era evidentísima, y «desde la mañana del 14, dicen los *Dos Amigos de la Libertad*, el grito ¡A la Bastilla! volaba de boca en boca de un extremo a otro de la ciudad» (1).

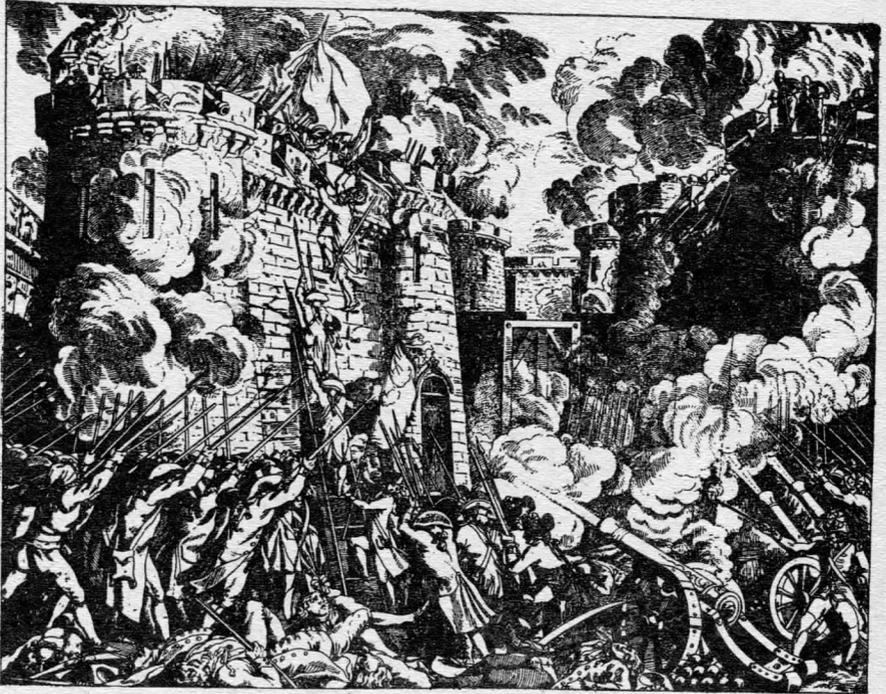
Verdad es que la guarnición de la Bastilla constaba solamente de 114 hombres, de los cuales eran 84 inválidos y 30 suizos, y que el gobernador no había hecho nada para aprovisionarla; pero eso prueba solamente que la posibilidad de un ataque serio a la fortaleza era rechazado como un absurdo. Sin embargo, el pueblo sabía que los conspiradores realistas contaban con la fortaleza, y supo por los vecinos de aquel barrio que en la noche del 12 al 13 se habían transportado provisiones de pólvora desde el arsenal a la Bastilla. Se observó también que el comandante, marqués de Launey, había emplazado en la mañana del día 14 sus cañones en posición para poder ametrallar al pueblo si se dirigiese en masa hacia el Hôtel de Ville.

Hay que advertir que el pueblo había odiado siempre las cárceles Bicêtre, la torre de Vincennes, la Bastilla. Durante los motines de 1783, cuando la nobleza protestó contra las prisiones arbitrarias, el ministro Breteuil se decidió a abolir la encarcelación en Vincennes; entonces aquel torreón famoso se transformó en almacén de trigo, y Breteuil permitió visitar los terribles calabozos. Se habló mucho, dice Droz (2), de los horrores que entonces se vieron y, como es natural, se pensó que en la Bastilla sería peor todavía.

(1) Ya en muchos cuadernos los electores habían pedido «que la Bastilla se derribe y añiquile». (Cuadernos de los Mercados, de los Maturinos, de los Franciscanos, del Sepulcro, etc., citados por Chassin, *Les Elections et les cahiers de Paris*, t. II, p. 449 y sig.) Los electores tenían razón, puesto que cuando el proceso Réveillon, se dió orden de armar la Bastilla. Por lo mismo en la noche del 30 de junio se habló de apoderarse de aquella fortaleza. (*Récit de l'élargissement... des gardes françaises*, citado por Chassin, p. 452, nota.)

(2) Droz, *Histoire du règne de Louis XVI*, t. I, p. 417.

En todo caso, es indudable que desde el 13 por la noche se cambiaron algunos tiros entre grupos de parisienses armados que pasaban cerca de la fortaleza y sus defensores, y que el 14, desde las primeras



LA TOMA DE LA BASTILLA

(De una estampa de la época)

horas de la mañana, las multitudes más o menos armadas, que habían circulado en París durante toda la noche, comenzaron a amasarse en las calles que desembocaban en la Bastilla. Además había corrido el rumor de que las tropas del rey avanzaban por la barrera del Trono hacia el faubourg San Antonio, y las multitudes se dirigían hacia el Este y construían barricadas en las calles del Noreste del Hôtel de Ville.

Un ataque afortunado al Hotel de los Inválidos por el pueblo le permitió armarse y procurarse cañones. En efecto, desde el día anterior, unos burgueses, delegados por sus distritos, se habían pre-

sentado en el Hotel de los Inválidos en demanda de armas, manifestando, en apoyo de su petición, que sus casas estaban amenazadas de pillaje por los bandidos, y el barón de Besenval, comandante de las tropas reales de París, que se hallaba en los Inválidos, prometió pedir la autorización al mariscal de Broglie. Aun no estaba concedida la autorización, cuando el 14, a las siete de la mañana—hallándose ya los inválidos al pie de sus cañones, con la mecha en la mano, dispuestos a hacer fuego— una multitud de siete a ocho mil hombres desembocó súbitamente, a paso de carga, por las tres calles vecinas; atravesó en un instante, ayudándose unos a otros, el foso de ocho pies de profundidad y doce de ancho que rodea la explanada del Hotel de los Inválidos, invadió la explanada y se apoderó de doce cañones de 24, de 18 y de 10 y de un mortero. Los inválidos, penetrados ya de un «espíritu sedicioso», no se defendieron, y la multitud, esparciéndose por todas partes, no tardó en penetrar en los subterráneos y en la iglesia, donde se hallaban ocultos 32.000 fusiles y cierta cantidad de pólvora (1). Estos fusiles se emplearon el mismo día en la toma de la Bastilla. En cuanto a la pólvora, ya el día anterior el pueblo detuvo treinta y seis barriles que iban a ser expedidos a Ruán, y fueron transportados al Hôtel de Ville, distribuyéndose allí toda la noche la pólvora al pueblo que se armaba.

La toma de los fusiles de los Inválidos por la multitud se hacía muy lentamente: se sabe que no se había terminado aún a las dos de la tarde, y hubiera habido tiempo para conducir allí la tropa y dispersar al pueblo, y más considerando que la infantería, la caballería y aun la artillería estaban estacionadas muy cerca, en la Escuela Militar del Campo de Marte; pero los jefes de aquellas tropas no tenían confianza en sus soldados, y además vacilaban ellos mismos delante de aquella multitud innumerable de personas de toda edad y condición que en número de más de 200.000 inundaban las calles hacía dos días. Los habitantes de los barrios bajos, armados de algunos fusiles, de picas, de martillos, de hachas o de simples garrotes, se habían

(1) Sigo aquí la carta del conde de Salmour, y también a Mathieu Dumas, citados por M. Flammermont.

echado a la calle, y las masas se oprimían en la plaza de Luis XV (hoy de la Concordia), en las inmediaciones del Hôtel de Ville y en las de la Bastilla y calles intermedias. La burguesía parisiense se sobrecogió de terror viendo aquella enormidad de gente armada en la calle.



EPISODIO DEL ATAQUE A LA BASTILLA

Al tener noticia de que las inmediaciones de la Bastilla estaban invadidas por la multitud, el Comité permanente del Hôtel de Ville, de que ya hemos hablado, envió a primera hora del día 14 unos parlamentarios al gobernador de la fortaleza, De Launey, pidiéndole retirara los cañones apuntados sobre las calles, y que no cometiera ninguna hostilidad contra el pueblo; en cambio, usurpando poderes que no tenía, prometía que el pueblo «no intentaría nada contra la plaza». Los delegados fueron muy bien recibidos por el gobernador y se retrasaron hasta cerca del mediodía por haber sido convidados a almorzar con él. De Launey se proponía probablemente ganar tiempo, espe-

rando órdenes precisas de Versalles, que no llegaban y que no podían llegar porque habían sido interceptadas en la mañana por el pueblo. Como los demás jefes militares, De Launey veía que le sería difícil resistir al pueblo de París, reunido en masa en las calles, y contemplanzaba. Por el momento hizo retirar los cañones cuatro pies atrás, y para que el pueblo no los viera a través de las troneras, las hizo cubrir con táblas.

Por su parte, hacia medio día, el distrito de San Luis la Cultura, envió dos delegados para hablar en su nombre al gobernador: uno de ellos, el abogado Thuriot de la Rosière, obtuvo del marqués de Launey la promesa de que no haría fuego si no se le atacaba. Dos nuevas diputaciones fueron enviadas al gobernador por el Comité permanente, a la una y a las tres de la tarde; pero no fueron recibidas, las dos tenían encargo de pedir al gobernador entregara la fortaleza a una milicia burguesa, que la defendería en unión de los soldados y los suizos.

Felizmente todos esos proyectos fueron desvanecidos por el pueblo, que comprendió perfectamente que era preciso apoderarse de la Bastilla a toda costa. Dueño de los fusiles y de los cañones de los Inválidos, su entusiasmo iba en aumento. Las multitudes invadían las inmediaciones de la Bastilla y pronto se generalizó el fuego entre los asaltantes y los inválidos situados en las murallas. Mientras que el Comité permanente trataba de contener el ardor del pueblo y se preparaba a proclamar en la plaza de Grève que M. de Launey había prometido no hacer fuego si no se le atacaba, las multitudes gritaban *¡Queremos la Bastilla! ¡Abajo los puentes!* y se acercaban a la fortaleza. Se dice que cuando vió desde lo alto de las murallas el faubourg San Antonio y las calles inmediatas, negras de gente marchando contra la Bastilla, el gobernador, que había subido con Thuriot, estuvo a punto de desmayarse, y hasta parece que se inclinó a entregar inmediatamente la fortaleza al Comité de la milicia, pero los suizos se opusieron (1).

(1) Carta de De Hue a sus hermanos, texto alemán, citado por Flamermont, p. cxcviii, nota.

Los primeros puentes levadizos de la parte exterior de la Bastilla llamada la Avanzada se echaron pronto, gracias a uno de esos actos de audacia que se producen siempre en ocasiones análogas. Ocho o diez hombres, ayudados por un joven alto y robusto, el tendero Pannetier, se aprovecharon de una casa unida al muro exterior de la Avanzada para escalarle; entonces le recorrieron a horcajadas hasta un cuerpo de guardia situado cerca del puente levadizo de la Avanzada, y de allí saltaron al primer patio de la Bastilla propiamente dicha, el patio del Gobierno, en el que está situada la casa del gobernador. Este patio estaba desierto; los



DE LAUNEY CONDUCTO AL HÔTEL DE VILLE  
Y MUERTO EN EL CAMINO

(Gabinete de las Estampas)

inválidos habían entrado con el gobernador en la misma fortaleza después de la salida de Thuriot. Aquellos ocho o diez hombres, a hachazos, bajaron el puentecillo de la Avanzada, rompiendo la puerta; después bajaron el gran puente, y más de 300 hombres se precipitaron en el patio del Gobierno, corriendo hacia los otros dos puentes levadizos, que servían para pasar el ancho foso de la fortaleza, que, naturalmente, estaban levantados.

Aquí ocurrió el incidente que colmó el furor de la población parisiense y que costó la vida a De Launey. Cuando la multitud invadió el patio del Gobierno, los defensores de la Bastilla les hicieron fuego, y hasta hubo una tentativa de levantar el gran puente levadizo de la Avanzada, para impedir a la multitud evacuar el patio y hacerla prisionera o matarla (1). De modo que en el momento mismo en que Thuriot y Corny anunciaban en la plaza de Grève que el gobernador había prometido no hacer fuego, el patio del Gobierno era barrido por el fuego de mosquetería de los soldados situados en las murallas, y el cañón de la Bastilla ametrallaba las calles adyacentes. Después de los tratos verificados por la mañana, aquel fuego repentinamente iniciado se interpretó como una traición de De Launey, a quien el pueblo acusó de haber él mismo ordenado la bajada de los dos primeros puentes levadizos de la Avanzada para atraer la multitud bajo el fuego de las murallas (2).

En aquel momento era la una de la tarde. La noticia de que los cañones de la Bastilla ametrallaban al pueblo se esparció por todo París, y produjo un doble efecto. El Comité permanente de la milicia parisiense se apresuró a enviar una nueva diputación al comandante, preguntándole si estaba dispuesto a recibir en aquella plaza un destacamento de la milicia, que conservaría la Bastilla de acuerdo con las tropas; pero esa diputación no llegó hasta el comandante, puesto que un fuego nutrido de fusilería continuaba sin cesar entre los inválidos y los asaltantes, y éstos, arrimados a las paredes y guarecién-

(1) Esta tentativa se atribuye hoy, no a las órdenes de De Launey, sino a la espontaneidad de algunos inválidos que volvían a la fortaleza después de haber salido a la compra de algunas provisiones. Suposición inverosímil, porque no es probable que emprendieran tal hazaña tres o cuatro soldados perdidos entre la multitud. Además ¿a qué aprisionar tanta gente, a menos de querer servirse de ella como rehenes contra el pueblo?

(2) Se han dado diversas interpretaciones a aquel súbito rompimiento de hostilidades. Como el pueblo que invadió el patio del Clmo y el del Gobierno empezó a saquear la casa del comandante y las que habitaban los inválidos, dícese que eso decidiría a los defensores de la Bastilla a abrir el fuego. Sin embargo, para unos militares, la toma por asalto de la Avanzada —que daba acceso hasta los puentes levadizos de la fortaleza y hasta sus mismas puertas— era ya una razón suficiente. Pero es posible también que la orden de defender la Bastilla hasta el último extremo fuera transmitida en aquel momento a De Launey. Sábese que una de esas órdenes fué interceptada, lo que no excluye que alguna otra hubiera llegado a su destino. Hasta se sospecha que De Launey recibió esa orden.

dose como podían, tiraban contra los soldados al servicio de los cañones. Además el pueblo comprendió que las diputaciones del Comité no hacían más que impedir el asalto: «No quieren ya una diputación, sino el sitio de la Bastilla; la destrucción de esa horrible prisión; la muerte del gobernador es lo que piden a gritos», fué la respuesta que llevaron los diputados.



MUERTE DE FLESSELLES

Todavía envió el Comité una tercera diputación: M. Ethis de Corny, procurador del rey y de la ciudad, y varios ciudadanos, fueron encargados una vez más de atenuar el impulso del pueblo, de detener el asalto y de parlamentar con De Launey para que admitiese en la fortaleza una milicia del Comité. La intención de impedir que el pueblo se hiciera dueño de la Bastilla era evidente (1).

En cuanto al pueblo, desde que se extendió por la ciudad la noticia de la matanza verificada, obró, sin órdenes de nadie, guiado por

(1) «Tenían el encargo de comprometer a cuantos se hallaban en las inmediaciones de la Bastilla a retirarse a sus distritos respectivos para recibir allí su pronta admisión en la milicia parisense; de recordar a M. De Launey la promesa que había dado a M. Thuriot de la Roziere y a M. Bellon...» (Flammermont, l. c. p. CLVIII). Llegada al patio de la Avanzada, que estaba lleno de gente armada con fusiles, hachas, etc., la diputación habló a los inválidos. Estos, evidentemente, pidieron que el pueblo se retirara ante todo del patio del Gobierno, y la diputación invitó al pueblo a retirarse. (Cf. Boucheron, citado por Flammermont, p. CCXIV, nota.) Felizmente el pueblo no hizo caso de la diputación y continuó el asalto. Tan bien comprendió que ya no era tiempo de parlamentar, que injurió a los señores de la diputación y hasta se habló de matarlos como traidores. (Boucheron, l. c., p. CCXVI, nota, y *Procès-verbal des Electeurs*.)

su instinto revolucionario. Condujo al Hôtel de Ville los cañones de que se había apoderado en los Inválidos, y a las tres, cuando la diputación de Corny volvía a dar cuenta de su fracaso, encontró unos trescientos guardas franceses y una porción de burgueses armados, mandados por un ex-soldado, Hulin, que marchaban a la Bastilla, seguidos por las cinco piezas de artillería. En aquel momento el fuego de fusilería duraba ya más de tres horas, sin que el pueblo se desanimase por el gran número de muertos y heridos (1), y continuaba el sitio, recurriendo a diferentes expedientes; así, por ejemplo, se llevaron dos carros de paja y estiércol y se les prendió fuego para hacer una cortina de humo que facilitaría el asalto de las dos puertas de entrada (del pequeño y del grande puentes levadizos). Las casas del patio del Gobierno habían sido ya incendiadas.

Los cañones llegaron en el momento oportuno; se colocaron en el patio del Gobierno frente a los puentes levadizos y a las puertas, a 30 metros de distancia.

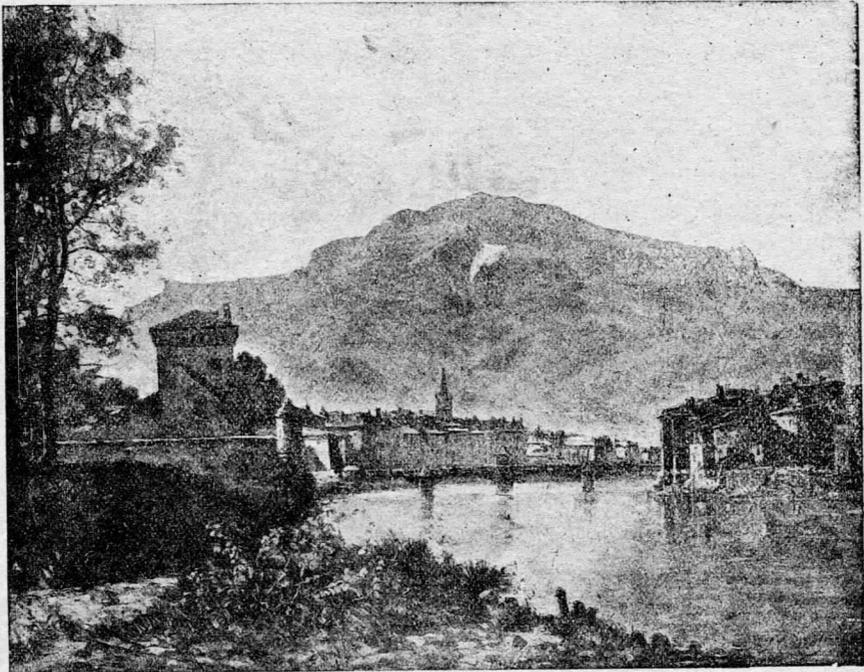
¡Compréndese el efecto que esos cañones en manos del pueblo produciría sobre los sitiados! Era evidente que los puentes levadizos habían de caer pronto y que las puertas serían derribadas. La multitud, siempre amenazadora, afluía en masas cada vez mayores.

Entonces comprendieron los defensores que resistir más sería entregarse a una matanza segura. De Launey se decidió a capitular. Los inválidos, viendo que jamás vencerían a todo París venido a sitiarles, aconsejaban ya la capitulación, y entre cuatro y cinco de la tarde el comandante hizo enarbolar bandera blanca y batir llamada, es decir, orden de cesar el fuego y de bajar de las torres.

La guarnición capitulaba y pedía el derecho de salir conservando sus armas. Es posible que Hulin y Elie, colocados frente al gran puente levadizo, lo hubieran aceptado en su nombre, pero el pueblo no quería oír hablar de capitulación. El grito de ¡*Bajo los puentes!* resonaba con furor. A las cinco, el comandante hizo pasar por una tronera, cerca del pequeño puente levadizo, un billete concebido en estos

(1) 83 muertos sobre el terreno, 15 muertos a consecuencia de las heridas, 13 inutilizados, 60 heridos.

términos: «Tenemos veinte millares de pólvora: haremos saltar la guarnición y el barrio, si no aceptáis la capitulación.» Es dudoso que tuviera intención de realizar aquella amenaza, que la guarnición no hubiera permitido; pero el hecho es que De Launey mismo dió la llave



GENOBLA EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

para abrir la puerta del puente levadizo... El pueblo invadió inmediatamente la fortaleza, desarmó los suizos y los inválidos y se apoderó de De Launey, quien fué conducido al Hôtel de Ville. Durante el trayecto, la multitud, furiosa por su traición, le insultó de todas maneras; estuvo a punto de morir veinte veces, a pesar de los heroicos esfuerzos de Cholat y de otro (1) que le protegían con sus cuerpos; pero a pocos centenares de pasos del Hôtel de Ville les fué arrancado de las manos y decapitado. De Hue, el comandante de los suizos, salvó su vida

(1) ¿No sería Maillard? Se sabe que había detenido a De Launey.

declarando que se entregaba a la Ciudad y a la Nación, y brindando por ellas; pero se mataron tres oficiales del estado mayor de la Bastilla y tres inválidos. En cuanto a Flesselles, el preboste de los mercaderes, que estaba en relaciones con Besenval y la Polignac, y que tenía—según resulta de un pasaje de una de sus cartas—muchos otros secretos que ocultar, muy comprometedores para la reina, iba a ser ejecutado por el pueblo, cuando un desconocido le mató de un pistoletazo. Acaso pensaría aquel desconocido que los muertos no hablan.

En cuanto bajaron los puentes de la Bastilla, la multitud, precipitándose en los patios, se dedicó a registrar la fortaleza para libertar los presos encerrados en los calabozos. Enternecida y vertiendo compasivas lágrimas a la vista de aquellos fantasmas, que salían de su encierro deslumbrados a la vista de la luz y aturridos por el ruido de tantas voces que les aclamaban, paseó en triunfo por las calles de París aquellos mártires del despotismo real. La ciudad sintió alegría delirante al saber que la Bastilla estaba en poder del pueblo y redobló su ardor para conservar su conquista. El golpe de Estado de la corte había fracasado.

Así comenzó la Revolución. El pueblo alcanzaba su primera victoria. Necesitaba una victoria material de ese género. Era necesario que la Revolución sostuviera una lucha y que de ella saliera triunfante; que el pueblo probara su fuerza para imponerse a sus enemigos, despertara las energías en Francia e impulsara en todas partes a la rebeldía y a la conquista de la libertad.

